

## SOBRE LA GENESIS DE LA CONCIENCIA DE SI MISMO

Teresa Bejarano. Universidad de Sevilla.

En este trabajo nos planteamos la relación entre la conciencia y el lenguaje. La conciencia del tú y del yo, ¿podría acaso surgir de la misma causa y a la vez que surge el lenguaje humano? Nuestra estrategia será la siguiente. Antes que nada, ver cuáles son las funciones comunicativas que han de apoyarse forzosamente en un lenguaje de las características del humano. A eso responderemos que ni la expresiva ni la conativa, sino sólo la predicativa y su derivada la interrogación. La predicación participaría de la intencionalidad propia de las comunicaciones conativas (las de petición o llamada), pero sería distinta de éstas por varios motivos. Por un lado, porque a la conativa le puede bastar con un grito cualquiera que tenga la adecuada entonación (le basta, en efecto, mientras se atenga a la situación y pida lo que está a mano del oyente o llame a quien está en la trayectoria de la voz); en cambio, la predicativa necesitaría ineludiblemente semántica y sintaxis. Por otro lado, aunque la predicativa y la conativa coinciden, oponiéndose con ello a la expresiva, en ser intencionales, la predicativa, sin embargo, y ésta es la segunda diferencia, no busca que se hagan cosas en el mundo, sino que se acerca a la expresiva, en cuanto una y otra expresan estados internos del hablante. Pues bien, siguiendo el consejo de Platón, intentaremos asombrarnos de la naturaleza de la predicativa, es decir, de que sea intencionalidad que no busca que se hagan cosas, o, diciéndolo desde el otro lado, expresividad que no es desahogo automático sino acción deliberada. ¿Para qué, el procurar llegar a ese asombro? Pues para apostar por la idea de que el lenguaje humano se origina a partir de, y a causa de, aquello que convierte en necesaria esa 'asombrosa' comunicación. Esa apuesta, y el intento de aclarar cuáles serían los hechos responsables de la mencionada necesidad, serían el segundo paso de nuestra estrategia. El tercero, con el que ya por fin enlazaremos con lo que el título anuncia, consistirá en preguntarnos si de esos hechos no se derivaría también la génesis de la conciencia (de la conciencia del tú y del yo simultáneamente adquiridas por mí). Habría, pues, dos conquistas paralelas y hermanas: por un lado, la conciencia, por el otro, esa comunicación —la predicativa— que sólo deja de resultar asombrosa o inexplicable cuando se la ve como una acción dirigida a eliminar o reducir el desfase entre dos contenidos mentales —el propio y el ajeno— que el hablante ha conseguido en un momento dado tener sobre una misma cosa.

Pero tras esta presentación en vista aérea de la temática del presente trabajo, concretemos cuál será la disposición de sus apartados. En la Primera Parte, revisaremos las teorías de Wallon sobre la génesis de la conciencia. Naturalmente, lo ideal habría sido revisar también muchas otras teorías. Pero, dentro de lo viable, escoger a Wallon creo que puede ser conveniente. En efecto en la revisión que de Wallon haremos, habrá dos apartados: en uno, intentaremos mostrar la insuficiencia de sus propuestas sistemáticas: pero en el segundo, se enfocarán algunas frases suyas que nos parecen un acierto inexplorado, y que no están demasiado lejos de lo que se sugerirá en nuestra Segunda Parte. La Segunda Parte es –ya se adivina– la que corresponde a la vista aérea con la que empezamos.

Dentro de la Primera Parte, pues, y tras unos breves párrafos que buscan justificar el que hayamos escogido a Wallon –eso figura como I.a–, dedicaremos el I.b. a la exposición y crítica de las propuestas que Wallon desarrolló sobre la génesis de la conciencia, y el I.c. a citar y glosar dos lugares de la obra de Wallon, dos observaciones que hace de pasada, en que asoman otras ideas nuevas, y a mi juicio sumamente atractivas. En la Segunda Parte, y tomando pie de las ideas –la de ‘imitación con recusación’ y la de ‘confrontación dentro de mí entre el contenido mental mío y el ajeno’ –que extrajimos de aquellas observaciones wallonianas, propondremos que en esa recusación de lo imitado, o confrontación, estaría el origen tanto de la conciencia como de la comunicación predicativa y de los recursos que este tipo de comunicación exigió ineludiblemente.

## I. Revisión de Wallon

### I.a) ¿Por qué Wallon?

Pese a los cuarenta años que más o menos pesan sobre sus obras, Wallon es un autor bastante actual. Así, p.e., sus ‘juegos de alternancia’ subyacen a los formatos de interacción, tan en el candelero actualmente, de Bruner. También, la importancia de los términos «yo», «tú», «mío» y «tuyo», cuya frecuencia caracteriza la walloniana etapa de ‘oposición’, ha sido reivindicada por Benveniste, no sólo en escritos de estricta lingüística sino también en algunas páginas de ambición filosófica, y también por Jacques, quien ha combinado dentro de una curiosidad antropológica la influencia de Benveniste con la de la filosofía analítica. Podríamos igualmente reseñar que si Wallon subrayó la capacidad, que con la edad escolar llega, de asumir distintos papeles, esa capacidad es un requisito necesario para el ‘ponerse en el lugar de otro’, o *role-taking*, en el que Kohlberg hace consistir el paso al estadio intermedio de la evolución moral, y que viene a coincidir también con el «ponerse en los zapatos de otro» de Harsanyi o Nagel.

Por supuesto, ha habido autores que, remitiéndose a Wallon, han intentado prolongar su obra. Aspectos así iluminados han sido el reconocimiento en el espejo (Boullanger), el peculiar desarrollo de los gemelos (Zazzo, que vino a converger con la obra de Luria- Yudovich), o también la evolución de la conciencia de sí mismo durante la adolescencia (Rodríguez Tomé, quien sigue con ello la recomendación que de ese tema hacía –en 1958– Wallon)... Pero, a pesar de todo eso, sigue siendo la obra del fundador de la escuela la que tiene interés para nuestra cuestión –la génesis de la conciencia– y para el punto de vista antropológico, que es el nuestro.

Pero hay un punto que merece mayor atención en este apartado. Nuestra elección de Wallon, ¿ha de entenderse sobre el fondo de la extendida idea de una oposición radical entre Wallon y Piaget? Por supuesto, yo no voy a negar las

grandes diferencias entre uno y otro, pero creo que es exagerado e inexacto hablar de oposición radical. Y ello por dos razones. Primero, porque Wallon entre el año 1932 y el 1936 matizó su postura en el sentido de que en la segunda fecha, la captación de los otros por un niño de año y medio, p.e., ya no la cree tan inmediata como parece que antes la creía. Y, segundo, porque Piaget en 1953 logra, precisamente para defenderse de las críticas que desde las órbitas de Wallon –por parte de Zazzo principalmente– y de Vigotski había recibido, redefinir su concepto de egocentrismo hasta convertirlo en compatible con la sociabilidad que un ser tan dependiente como el niño necesita forzosamente practicar. Si el lector echa de menos una fundamentación pormenorizada de esas dos evoluciones a las que acabo de aludir, dedicaré el resto del presente apartado a exponerla.

Veamos primero cómo el característico subrayado walloniano de la sociabilidad del niño llevaba a nuestro autor en una de sus primeras obras a una postura extrema. Esa postura, demasiado fácil y, por supuesto, en las antípodas del siempre menos 'social' enfoque de Piaget, era la de considerar que el niño pequeño captaría de modo inmediato las emociones, la interioridad en suma, de los otros: «Se considera habitualmente que para simpatizar hace falta haber pasado uno mismo por una serie de experiencias subjetivas, reconocer sus signos en otros y ponerse al unísono con ellos reviviendo las propias impresiones. Pero el rápido y fastuoso desarrollo de la simpatía entre uno y dos años sería incomprensible si la experiencia íntima fuese el hecho primitivo, si la transferencia de sí mismo a los demás o *Einführung* fuese secundaria respecto de la experiencia íntima y si hubiese entre ellas una constatación previa de los índices que revelan las disposiciones psíquicas (...) Parece, pues, inevitable contar entre los hechos elementales y específicos el carácter contagioso de las manifestaciones afectivas»<sup>1</sup>. Desde luego, contar entre los hechos elementales, específicos e irreductibles el del contagio emotivo puede hacerse, bien postulando una inmediatez total o identificación entre la percepción de los gestos expresivos y la percepción de los sentimientos o estados internos ajenos, bien sin postularla. Pero si se prescinde de tal inmediatez, será necesario (en el supuesto siempre, claro está, de querer mantener la irreductibilidad) o echar mano del recurso que más tarde empleó –ya lo veremos– Wallon, o hacer corresponder el gesto contagioso a un desencadenante innato que actuaría al margen de su valor de significativo o expresión de algo distinto a él mismo. Ahora bien, en el artículo al que pertenece la cita anterior, no hay todavía ni asomo del recurso posterior, y respecto a la noción etológica de desencadenante innato, que, por cierto, estaba justo entonces perfilándose, no aparece nunca en Wallon'a. Por tanto, parece que se podría atribuir al Wallon de las primeras obras la identificación entre percepción de gestos y percepción de sentimientos ajenos.

Pasemos ahora a un texto cuatro años posterior al antes transcrito: «Una vez despertada, una emoción se alimenta de sus propios efectos. Esa sensibilización a los efectos diferenciados de las propias emociones puede explicar que esos efectos se conviertan en una especie de signos ante los cuales va a reaccionar el sujeto, incluso sin quererlo, cuando los vea en los demás. Pero decir eso sería demasiado poco (...) Es la misma sensibilización a los efectos de las propias emociones la que no se habría desarrollado hasta el punto en que lo ha hecho si no hubiera mediado la vida social»<sup>2</sup>. Como se ve, en la sensibilización del sujeto por los gestos expresivos –por los propios y también, que eso es lo que nos interesa, por los ajenos–, ha encontrado Wallon un recurso que, desembarazado ya del sabor cartesiano de aquella inferencia aludida y rechazada en el texto de 1932, puede, sin embargo, desempeñar la función para la cual tal inferencia se habría diseñado. Así pues, en 1936, la insistencia en lo social, presente y explícita como es y como aparece

incluso en las líneas que acabamos de transcribir, no lleva, sin embargo, a Wallon a admitir el acceso inmediato a la emoción ajena.

Veamos ahora si la noción piagetiana de egocentrismo fue o no hasta el final la «robinsonada»<sup>3</sup> que tantas veces se ha dicho. Desde luego, la acusación no era gratuita. El egocentrismo que Piaget había propuesto en 1923 para el niño de parvulario y que ilustraba con los monólogos a solas y los monólogos colectivos, ¿cómo se compaginaba con el hecho de la intencionalidad comunicativa que en el niño de un año ya se aprecia? ¿Tenía en cuenta Piaget ese hecho, o lo desatendía? Esas dudas quedaban abiertas tras *El lenguaje y el pensamiento en el niño*: no fue demasiado justa la indignada protesta posterior de Piaget respecto a las numerosas malas interpretaciones que de su noción se habían hecho. Es sólo en 1953 cuando consigue darnos un perfil menos vulnerable de la noción de egocentrismo lingüístico. Es significativo cómo es precisamente de una crítica de Zazzo de donde toma pie Piaget para su clarificación definitiva. Háblale objetado ese autor que el niño de uno o dos años es capaz de hablar para el otro, y que en todo caso, de lo único que sería incapaz es de 'hablar según el otro'. Y ante eso saltó Piaget: «Pues por supuesto que es justamente 'hablar según el otro' lo que yo entiendo por descentramiento, es decir, aquello que yo creo que no puede conseguir el niño egocéntrico»<sup>4</sup>. Tras la aclaración de 1953, pues, la noción de egocentrismo («centramiento» propuso después Piaget, cuando poco a poco fue dándose cuenta de cuán poco feliz era su primera elección terminológica dado que el niño pequeño no dice «yo») esa noción, repito, no excluye ya el necesitar a los otros ni el dirigirse a ellos. De nuevo aquí, por tanto, la oposición Wallon-Piaget nos ha resultado más matizada y menos brusca de como al principio se nos aprecia. Si el camino hacia esta conclusión ha sido tedioso, nos puede consolar el hecho de que al paso nos hemos topado con dos ideas a las que habremos de volver: una, la captación de algo-según-el-otro, y la otra, la no inmediatez de la interioridad ajena.

## I.b) La teoría de Wallon

Pero pasemos ya por fin a exponer el amplio, detallado y sugerente modelo walloniano sobre la génesis de la conciencia de sí mismo. Ese modelo evolutivo comprende, claro está, no sólo una descripción sino también una propuesta explicativa. Como normalmente sucede en casos parecidos (sobre ello precisamente se puede encontrar un aviso en Wallon<sup>5</sup>), es ante todo el segundo componente el que será objeto de nuestra crítica. Sostendremos, en concreto, que Wallon-habría dejado escapar justo el factor clave que hace constituirse a la conciencia de sí mismo.

La secuencia que él nos propone consta de cinco fases: Juegos de alternancia, Oposición, Ostentación, Imitación, y Puestos diferentes en distintos grupos. Esa secuencia la repite en varios escritos, entre los que vamos a citar los de 1939, 1946, 1948 y 1956. Otros dos artículos importantes sobre el tema –el de 1932 y el de 1951– no los vamos a citar sino después, cuando pasemos a ocuparnos de aquellos atisbos inexplorados de que ya se habló.

### I.b.1) Las tres primeras fases

«El primer paso en el largo camino que parte del estado inicial de confusión y avanza hacia la diferenciación entre el yo y el otro, entre el sujeto y la situación o ambiente, lo constituyen esos juegos de alternancia que ya antes he mencionado<sup>6</sup>, en los que se repite el mismo acto, juegos en los que el niño es alternativamente autor y objeto: dar y recibir un cachete, por ejemplo. Mediante este intercambio

de papeles con los otros el niño llega a conocer el desdoblamiento que tiene que establecer entre el que actúa y el que recibe los efectos de la acción. Pero esta alternativa que traspasa de sí mismo al otro, ese ir y venir que produce la misma impresión, no es aún la afirmación del punto de vista personal; es sólo la madeja del hacer-padecer reducida a cada uno de sus términos complementarios. El compañero se disocia del niño, pero ambos conservan una especie de equivalencia esencial. Sus gestos e impresiones son idénticos, con un simple desfase temporal. Se trata, si se quiere, de dos individuos, pero perfectamente asimilables o intercambiables entre sí. El yo no ha adquirido todavía frente al otro esa especie de estabilidad y de constancia que nos parece indispensable a la conciencia de sí mismo, que nos parece constitutiva de la persona»<sup>7</sup>.

El párrafo creo que es magnífico y que describe con acierto no sólo la influencia de los juegos de alternancia en la génesis de la conciencia de sí mismo, sino también los límites de esa influencia. Precisamente la idea de que, mientras no entra en acción un factor más avanzado, «el sujeto y su compañero conservan una especie de equivalencia esencial, y sólo los separa un simple desfase temporal», la volveremos a utilizar nosotros más tarde.

La fase de oposición, nos la puede presentar el mismo artículo, justo inmediatamente después de las líneas que acabamos de leer. «Cuando desaparecen (de manera bastante brusca, en la llamada crisis de personalidad de los tres años) los juegos de alternancia y particularmente esos diálogos que muchos niños tienen consigo mismos y en los cuales son alternativamente los dos interlocutores, llega la fase de oposición. El niño no habla ya sino de forma personal, abusando de la fórmula 'yo'. Y se afirma oponiéndose. Oposición a propósito de cualquier cosa, y, por consiguiente, puramente formal. Oposición en apariencia absoluta, pero en realidad simple reacción a la actitud encontrada o supuesta en los otros. Totalmente relativa, en suma. El yo y el otro siguen siendo complementarios, pero a la alternancia de los papeles sucede la fijación obstinada en uno de los términos en cuestión. Sin embargo, a esta distinción debe darse un contenido y lo encuentra al principio en las cosas en forma de lo mío y lo tuyo»<sup>8</sup>.

Los pasos ulteriores del «largo camino», que ya no se especifican en el breve artículo que es el de 1946, podemos estudiarlos acudiendo a otros escritos, que, por otra parte, no dejan de hacer referencia a los juegos de alternancia y a la oposición.

Transcribimos, pues, acerca de la fase de ostentación: «Surge después una nueva necesidad en el niño, la de hacer valer su persona, hacer admitir sus méritos, darla en espectáculo a otro. Es lo que Homburger llama la edad de la gracia y lo que corresponde al narcisismo de los psicoanalistas. Es el momento de los 'mira lo que hago'. El tono agresivo o arrogante de la fase de oposición se hace ahora, en esta fase llamada de ostentación conciliador o seductor»<sup>9</sup>. Esas frases las encontramos repetidas casi de modo literal en otros artículos. Sólo destaca un poco una versión donde glosa la edad de la gracia mediante la distinción de dos clases de habilidades motoras –la objetiva, que se alcanza más tardíamente, y la que sí posee el niño de cuatro años, la subjetiva<sup>10</sup>. Pero pasemos a algo mucho más importante.

### **I.b.2) La fase de la imitación**

Importante es, en efecto, la fase que ahora nos toca describir, la de imitación. Empecemos por unas líneas en que Wallon define la imitación y su condición

biológicamente revolucionaria: «Las reacciones del sujeto no son modeladas ya por las necesidades del medio, sino también según modelos exteriores y, por tanto, dejan ya de ser inmediatamente utilitarias»<sup>11</sup>. Respecto a la imitación como fase del camino hacia la conciencia de sí mismo, he aquí lo que nos dice Wallon: «La forma siguiente (siguiente a la edad de la gracia) de relaciones entre la personalidad del niño y la de los otros se manifiesta en el gusto por la imitación. Dentro de la imitación, hay, desde luego, que distinguir entre el gesto-eco, ecocinesia o ecolalia, que es la reproducción inmediatamente consecutiva y literal de las impresiones sensoriales, y que no requiere sino un psiquismo muy inferior, y, en segundo lugar, la copia concertada de un modelo objetivamente percibido como tal, con control incesante del parecido. Esta segunda operación es compleja y delicada, requiere la división de la atención entre el objeto exterior y la fidelidad de su reproducción, entre los efectos que se trata de obtener y los medios que hay que emplear. Esa imitación por identificación con los seres y con las cosas desempeña el papel esencial en la asimilación del mundo exterior por parte del niño durante el periodo de los cuatro a seis años. Es, en efecto, necesaria para que el objeto adquiriera una especie de existencia propia, que es la condición para su futura objetividad. En la medida en que el objeto es un simple instrumento de los gestos, se confunde más o menos con ellos, y carece de existencia propia. Para que, por el contrario, el niño pueda oponerse el objeto como una realidad independiente, tiene que haber tratado previamente de meterse en él»<sup>12</sup>.

Pero, para completar este punto de la imitación, tendremos que referirnos a la noción de adaptación postural o tónica a los movimientos del modelo. Según Wallon, esa adaptación tónica no sólo sería lo que «prepara y explica»<sup>13</sup> la imitación desplegada o 'visible', sino también –y eso es lo que ahora nos va a interesar– constituiría la identificación del sujeto con el protagonista del espectáculo del que es espectador. Para la identificación del sujeto con el protagonista, Wallon descarta, pues, la imitación inhibida en su momento final que otros autores habían ahí supuesto. En favor de su concepto de función tónica, o adaptación postural, o impregnación perceptivo-motriz, arguye, en polémica fundamentalmente con Lipps, que sólo con ese su concepto se puede explicar el que un sujeto pueda atender a movimientos para él nuevos, a pesar de que no tenga acerca de ellos ni retroalimentación (en cuanto sólo los contempla sin ejecutarlos), ni tampoco (en cuanto se trata de movimientos nuevos) pauta motora almacenada que pudiera ya desplegarse, ya inhibirse<sup>14</sup>. Pero dilucidar si es germinal, como opina Wallon, o si, por el contrario, es inhibida, como había dicho Lipps, esa imitación gracias a la cual el sujeto se identifica con aquél a quien contempla, entrar, en suma, en la polémica aludida, eso no nos resulta ya a nosotros tan interesante como nos lo resulta, en cambio, la idea que comparten los dos bandos, a saber, la de que la identificación del sujeto con el protagonista de la escena contemplada tiene que ver con la imitación.

Hagamos ahora algunos comentarios sobre esta fase de imitación. El obvio hecho de que en el niño (¿acaso no hace ya tiempo que maneja algunos términos lingüísticos?), la imitación ha surgido bastante antes de llegar a esta cuarta fase es lo primero que queremos recordar. No para oponérselo a Wallon (él no afirma que la imitación pertenezca exclusivamente a la fase que lleva su nombre, pues dice sólo que es entonces cuando se alza como conducta predominante), sino porque más adelante lo recogeremos en nuestra propuesta.

Pero más importante es que glosemos la idea de que la atención a escenas que no le conciernan directamente al sujeto<sup>15</sup> sería una misma cosa con la imitación.

El que el sujeto acceda a esa capacidad de atender viene a representar una ampliación de sus posibles fuentes de estimulación. En ocasiones se lee que el verdadero medio en el que vive una especie animal está constituido por los factores a los que los animales de esa especie atienden y que resultan estímulos relevantes para su vida. Pues bien, tomando esa terminología, diríamos que, cuando en la evolución se llega a la mencionada capacidad, el medio sufre un enorme cambio. Antes, tenía como centro invariable el propio organismo, y no incluía nada que no estuviera vinculado directamente con ese centro. Después, en cambio, el centro no sólo puede ser distinto al propio organismo, sino que, además, según los momentos su ubicará en incontables sitios diferentes. Así pues, para quien dé por bueno que sentir estímulos es la característica de la vida animal, sería una conclusión correcta la de que la nueva capacidad representa una brusca intensificación de la calidad vital, una posibilidad de que disminuyan drásticamente los lapsos de tiempo vacíos de estimulación, una mayor distancia, en suma, respecto de lo inerte.

Ampliación del medio del organismo: así lo acabamos de decir, y no nos volvemos atrás. Pero hay que precisar cómo y de qué clase es tal ampliación. Y lo que sobre ello propondríamos es que las distintas ampliaciones dependientes de esa capacidad (la capacidad por la que un sujeto puede atender a algo que propiamente no le concierna) son siempre sustitutivas y no acumulativas, tanto cada una respecto de las demás como todas respecto del medio que sería señalado por la regla biológica primitiva. Fijémonos en el espectador absorto en un espectáculo: está viviendo, es verdad, la vida del protagonista, pero, mientras tanto, tiene olvidada la suya propia. Cuando le retire la atención al espectáculo, se reencontrará a sí mismo y reencontrará su mundo de siempre; pero mientras eso no suceda, el espectador que mediante una imitación no desarrollada (prescindamos de si germinal o inhibida) se identifica con el protagonista, está fuera del medio que primitivamente era el suyo. Por tanto, la ampliación del medio de la que antes hablamos, hay que entenderla no como crecimiento o acumulación, sino como posibilidad de sustituir un medio por otro: se viajará más, pero no por ello se domina un mayor territorio.

Como se ve, lo que hemos buscado en el párrafo anterior es mostrar que aquellas limitaciones que en la influencia de los juegos de alternancia detectó Wallon, justo las mismas, afectan a la influencia ejercida por la imitación (ambas, ya se sabe, influencias en favor del surgimiento de la conciencia de sí mismo). Resultaría, pues, que después de una u otra fase, y pese al avance que ambas representan, el sujeto y su compañero siguen siendo intercambiables y, salvado un simple desfase temporal, conservan una especie de equivalencia esencial<sup>16</sup>. Dicho de otro modo, la conciencia de sí mismo, o sea, la ruptura dentro de nuestra interioridad entre lo que es yo y lo que no lo es, ¿acaso puede surgir de la capacidad de imitación, si sólo con ésta así lo acabamos de proponer— no habría nunca simultaneidad o acumulación de la interioridad propia con la ajena? La totalidad multicéntrica que es necesaria para que pueda darse la ruptura de la que hablamos, ¿acaso no requiere que se haya llegado más allá de una interioridad de centro viajero?

Pero ya es hora de decir que esa opinión que acabamos de exponer, la de que la sola capacidad de imitación no sería suficiente para generar la conciencia de sí mismo, no es sólo nuestra. Wallon descartó —en 1956— explícitamente tal suficiencia.

«Pero a lo largo de todo lo anterior (o sea, a lo largo de las cuatro primeras fases: juegos de alternancia, oposición, ostentación e imitación), el niño no hace sino someterse a las influencias de las que pretende liberarse. La oposición sistemática no es más que una sumisión vuelta del revés; la ostentación, una sumisión a la aprobación de los demás; la imitación, la sumisión a una influencia extraña. En realidad, los primeros esfuerzos del niño para distinguirse de su entorno no pueden sino hacerle sentir en qué medida su persona está incrustada en él»<sup>17</sup>.

### I.b.3) La quinta fase

¿Cuál es el recurso explicativo que ofrece entonces Wallon? Ya lo sabemos: para él, el quinto y último estadio de la serie evolutiva hacia la conciencia de sí mismo, o, en otras palabras, el factor definitivo y culminante del proceso, consiste en que el niño ocupe puestos diferentes en diferentes grupos. Empieza subrayando cómo «en la constelación familiar el lugar del niño es único y además fijo e ineluctable. Las relaciones que sostiene con el medio familiar, ¿cómo podría separarlas de sí mismo, si pertenece a la constelación de sus familiares tanto como a sí mismo?»<sup>18</sup>. Y a esas relaciones dentro de la constelación familiar, les opone las que el niño traba en la edad escolar. «Se hacen entonces más diversas, más discrecionales, más abiertas; el niño puede entrar en grupos de composición más variable, dentro de los cuales su lugar depende más de él, de sus preferencias o de sus méritos, y no es irrevocable. El niño adquiere gradualmente el sentimiento de que su personalidad es polivalente y, en consecuencia, más libre. Es una personalidad entre otras y susceptible de entrar en combinaciones variadas y modificables»<sup>19</sup>. Podemos ver otra versión: «Hacia los seis o siete años, la edad en que puede entrar en la escuela primaria, el niño se hace capaz de captarse a sí mismo en tanto que persona verdaderamente autónoma y capaz de mantener relaciones diversas con las personas de su entorno; el niño admitirá perfectamente ser el primero en la lectura y el último en correr, o a la inversa. El sistema escolar le enseñará que sus relaciones con las primeras personas pueden ser diferentes según las circunstancias. Su personalidad, inmersa anteriormente en relaciones particulares, se hace polivalente»<sup>20</sup>.

Sobre ese factor de la diversidad de puestos sociales para un mismo sujeto, queremos, antes de preguntarnos si es realmente el decisivo para que aparezca la conciencia de sí mismo, señalar que su importancia ha sido subrayada en un área distinta por Stenhouse: «Con la predación que en un momento dado vino a añadirse al antiguo régimen vegetariano, empezó a actuar una nueva presión sobre los factores de la inteligencia. Pues tuvo entonces que surgir la capacidad de suprimir durante la caza las interacciones jerárquicas propias de la rígida estructuración del clan en los primates vegetarianos, pero sin suprimirlas en otros momentos (p.e., cuando se trata de repartir el espacio de un dormitorio o los compañeros sexuales, y probablemente también cuando se trata de rechazar a los depredadores)». De nuevo, pues, hemos encontrado señalada la importancia de que el individuo se integre en distintas formas de agrupamiento; y de nuevo también, si en una de las formas, la más primitiva, los puestos son fijos y casi irrevocables, hay al menos otra en la que cualquier individuo puede en principio aspirar a cualquier puesto.

Pero pasemos ya a la cuestión misma. Un niño que está corriendo con sus compañeros, advierte que, como pasa siempre, lo están dejando todos muy atrás, y entonces (o sea, en ese momento: estamos, pues, añadiéndole a la descripción de Wallon una ventaja que en ella no estaba explicitada), entonces, repito, echa de menos el juego de lanzar piedras, en el que él recuerda que en ocasiones ha queda-

do el primero tanto entre esos compañeros con los que está ahora corriendo como entre otros. El 'yo en el grupo de lanzadores' viene así a sumarse al 'yo en el grupo de corredores'. Con ello, en la conciencia de ese niño su yo ha cobrado espesor, ha dejado de ser aquel como libro de una sola hoja -el 'yo en familia'- que era el del niño en edad preescolar<sup>21</sup>. Ahora bien, Wallon repite en distintos pasajes -ya hemos transcrito alguno- cómo la conciencia de sí mismo llega a través de la ruptura entre lo que es propio del yo y lo que no lo es. Esa ruptura -he aquí el interrogante crucial-, ¿logra desencadenarla la descrita acumulación de planos? O, dicho de otro modo, los distintos 'yo sobre fondo' -'yo sobre fondo X', 'yo sobre fondo Y'...-, ¿dan lugar acaso a algo que no sea 'yo sobre fondo'? ¿O lo que sucede será, por el contrario, que no consigue sino una conciencia todavía «sincrética»<sup>22</sup> y todavía no autónoma, es decir, del mismo tipo que la del niño en edad preescolar, por más que sea ahora de un mayor espesor?

Es evidente que en el 'yo en el grupo de los corredores' no caben los aspectos del sujeto no concernientes a esa clasificación, y es, por tanto, también evidente que tal superávit de espesor desborda la delgada lámina que es ese solo plano. Pero ese superávit, ¿acaso no podría quedar incluido en otro plano que, aunque distinto, sería igualmente sincrético? Como aquí lo que estoy intentando es aclarar las cuestiones, y no vencer en una discusión, no voy en absoluto a despachar esto diciendo que, puesto que una determinada respuesta a ese interrogante está implicada en su argumentación, Wallon tendría a ese respecto el *onus probandi*. Pero asumir la tarea de responder fundamentadamente, tampoco lo haré: no sé cómo llevarla a cabo. Lo único que puedo hacer, y que ya pronto se emprenderá, es mostrar una propuesta explicativa que, al contrario de la de Wallon, puede prescindir de esa dudosa premisa, es decir, de la premisa de que el superávit de espesor conllevaría el abandono de lo sincrético y el paso a la conciencia del tú y del yo.

### I.c) Dos párrafos de Wallon en que aparecen ideas nuevas

Pero antes de presentar esa propuesta y pasar con ello a nuestra Segunda Parte, vamos a revisar aquellas frases de Wallon que arriba calificamos de aciertos inexplorados. Para nuestros fines, nos conviene infringir el orden cronológico. Pasamos, pues, a ver la más tardía de las dos.

Después de desarrollar el tema, tan típico en su obra, de la funcionalidad de las emociones, y concluirlo afirmando que «gracias a la expresión emocional, se establece entre el niño y sus allegados una especie de ósmosis que tiene una importancia excepcional en los primeros estadios de su personalidad» continúa Wallon: «Pero esa misma vinculación con los otros exigirá pronto en el niño un esfuerzo inverso de discriminación. Pero esa discriminación no rompe jamás la estrecha solidaridad del sujeto y de sus acompañantes habituales u ocasionales». Si hasta ahí no se ha dicho en ese párrafo nada que no tengamos ya expuesto, y también aceptado, lo que inmediatamente sigue en él aporta, en cambio, una idea nueva. Siguiendo, pues, nuestra transcripción, he aquí por fin la frase que nos interesa: «Es un hecho de observación corriente que no podemos controlar en nosotros mismos lo que notamos en los demás, aunque se trate de una simple negligencia en el arreglo, de una mancha en la cara o un engolamiento en la voz. La discriminación respecto de los demás tiene como contrapartida una tendencia inversa a la identificación. La fuerza de esa identificación, padecida y recusada al mismo tiempo, en proporciones por lo demás variables, rodea al sujeto de modelos que aprueba o desaprueba»<sup>23</sup>.

La sugerencia ahí encontrable es que, para que se pueda dar 'la ruptura en la amalgama de la conciencia primitiva', hace falta que se den simultáneamente una imitación –del tipo no desplegado, por supuesto– y una recusación, ambas justamente de lo mismo. Sólo si lo propio del otro, el sujeto se lo incorpora dentro de su propia interioridad a la vez y simultáneamente que advierte que eso no podría de ninguna manera ser suyo, sólo así, se separarían el yo y el otro dentro de la interioridad: tal es la propuesta a la que en ese párrafo se invita, y que nosotros consideramos sumamente atractiva.

Antes se vió que la imitación sola, desplegada o no, es insuficiente para provocar la separación del yo y del otro dentro de la conciencia, pues, si bien permite al sujeto captar a los otros por dentro, es decir, en su calidad de actores de la conducta por ellos manifestada, ello no sucede ahí sino a costa de que el sujeto desatienda lo suyo propio. Pero la imitación con recusación es algo muy distinto a lo que era la imitación sola. En efecto, ahora, el yo no puede quedar absorbido dentro de la conducta ajena atendida, y ha de permanecer con sus propios perfiles, claramente separado de la interioridad ajena, que es, sin embargo, el otro componente de la conciencia del sujeto.

Ahora bien, ese factor de imitación con recusación, ¿puede, para tener tan crucial consecuencia, ser como nos lo pinta Wallon? Fijémonos en los ejemplos de la mancha en la cara, y de la negligencia en el arreglo (el tercero, en cambio, el del engolamiento en la voz, podría, según se lo concretara, ser ya del mismo tipo que los otros dos, ya de otro más invulnerable a nuestra crítica y por eso vamos ahora a prescindir de él). El sujeto nota que, cara a lo que la situación le exige al modelo, esos detalles en que éste ha incurrido son pasos en falso. En otros pasajes<sup>24</sup>, Wallon ha citado la observación de Guillaume acerca de casos parecidos: ante el orador enronquecido, uno tiende a carraspear, ante el acróbata que está a punto de perder el equilibrio, uno no puede reprimir el adelantarse en el movimiento compensatorio. En los dos primeros ejemplos de Wallon, el modelo tiene seguramente más culpa que en los de Guillaume. Pero, más allá de esa diferencia, podemos, ante los cuatro por igual, plantear la cuestión que aquí nos interesa. En esa clase de situaciones, el sujeto ¿siente acaso que el paso en falso del modelo sería inconcebible en él? ¿No sucede más bien que el sujeto se alertará contra tales pasos en falso con tanta mayor vehemencia cuanto más lejos esté de descartar de un modo absoluto la posibilidad de cometerlos también él, si estuviera en el lugar del modelo?

Una recusación más profunda, de un tipo tal que, triunfando allí donde es dudoso que triunfara la apuntada por Wallon, pueda desgajar del yo la acción que se ha captado como interna al modelo: eso es, no hace falta decirlo, lo que nosotros intentaremos hallar en nuestra Segunda Parte. Esa versión ya no walloniana del factor 'imitación con recusación' la llamaremos imitación con auténtica recusación. Pero antes de pasar a presentarla, debemos analizar el segundo acierto inexplorado de Wallon.

«El altruismo implica una individualización de sí mismo y del otro que permite discernir, confrontar y combinar los respectivos intereses»<sup>25</sup>. En esa frase Wallon relaciona la individualización de sí mismo y del otro (o sea, lo que en tantos lugares ha llamado la ruptura de la amalgama en la que consiste la conciencia primitiva), con el hecho de que el sujeto distingue y confronta dentro de su conciencia el interés suyo y el interés del otro. Ahora bien, veamos cuál es el sentido en que Wallon entiende esa relación. Según él, la individualización del yo y del otro

sería la causa, «lo que permite», y la confrontación de intereses sería el efecto permitido. Pero, ¿no podría ser el acertado el sentido inverso? Por lo pronto, está claro que proponer que la individualización sería provocada por aquella confrontación se parece mucho a lo que hemos dicho de que lo sería por una 'imitación con recusación'. En efecto, el sujeto, al captar los intereses del otro, lo que está haciendo es captar al otro por dentro, y en definitiva imitar la interioridad que le supone. E igualmente, cuando el sujeto se da cuenta de que, por más que los haya captado mediante identificación imitativa, no puede pensar con propios esos intereses que tienen en él como rótulo principal el de perjudiciales, ¿no habría ahí un caso –un caso algo particular– de imitación con recusación? E incluso, ¿no sería ésa una auténtica recusación? Pero para plantear siquiera esta última pregunta, deberíamos antes haber acordado qué entender por «intereses concretos», si una caracterización descriptiva de los sucesos deseados (en cuyo caso no tendría por qué darse la auténtica recusación), o si por el contrario, una caracterización en términos ante todo valorativos, biológicamente valorativos.

Creo que el choque del interés propio y el ajeno (ambos entendidos como meras valoraciones) dentro de la interioridad o preconciencia del sujeto sería un caso particular dentro del tipo general que hemos llamado 'imitación con verdadera recusación'. (Un caso particular, pero eso sí, importantísimo, pues, aparte de fundamentar, como lo hacen los demás subtipos que veremos, la individualización del yo y del otro, sería también, él solo ya, la base de la responsabilidad moral y la libertad. Concretando esa sugerencia –que de sugerencia y no de propuesta trata este paréntesis–, sería mediante la puesta en práctica de su capacidad de imitación como los seres humanos alzan dentro de su propia interioridad la interioridad ajena y, por eso, cuando esa interioridad ajena les resulte molesta para sus intereses, pueden decidir entre continuar dándole entidad o, por el contrario, dejar de dársela). Pero, aunque el choque de intereses sea sólo un caso particular, nos sirve perfectamente como ejemplo de verdadera recusación. El ser humano, esté en el lugar y posición en que esté, se puede imaginar de pie o sentado, en la selva o entre los hielos, siendo el hablante o siendo el que escucha, pero lo que no podrá nunca es imaginarse a sí mismo con unos intereses que sean opuestos a los suyos. Y dando un paso más, ¿qué es lo que el sujeto hará con esos intereses verdaderamente recusados por él, pero que, no obstante, él piensa y tiene incluidos entre sus contenidos mentales? La única solución que le queda al sujeto es la de establecer una separación entre su propio yo y esa otra parte de su propia interioridad, la parte recusada, que entonces pasará a ser ajena<sup>26</sup>.

## II. El choque de contenidos mentales

### II.a. 1) ¿Circularidad en un nivel?

Damos aquí por acabada la revisión de las opiniones de Wallon sobre el tema, y pasamos a exponer la propuesta que al principio se anunció. El otro tipo de imitación con verdadera recusación (el primero que hemos admitido es el de los intereses encontrados)? ¿Cuál es? ¿Qué proceso vamos a proponer que llevaría a ese punto crucial que supone la imitación con verdadera recusación?

Si acerca del folio que está con pisapapeles en la mesa que tengo delante, y del que yo sé que está escrito, alguien viene ahora a decirme que está en blanco, está claro que habrá en mi conciencia un choque entre el contenido mental mío acerca de tal folio y el que el interlocutor me ha comunicado. Ambos contenidos mentales estarán incluidos en mi conciencia pero mi yo estará solamente con

aquél en que el folio posee el rasgo de estar escrito. Con este ejemplo se podría ilustrar nuestra propuesta acerca del choque de contenidos mentales o, para decirlo con la terminología aprendida en Wallon, acerca de la imitación con verdadera recusación.

Dejando para otro apartado el defender más pormenorizadamente esa propuesta, apresurémonos a reconocer que estamos incurriendo en un círculo vicioso. En efecto, al principio, en el resumen de vista aérea, adelantábamos que consideraríamos la conciencia del tú y del yo y el lenguaje predicativo como dos conquistas paralelas nacidas ambas del choque de contenidos mentales (del choque dentro de mi interioridad entre un contenido mental mío y otro ajeno inasumible por mí). Pero ahora, en el fácil ejemplo que nos hemos procurado. Se ha puesto la recepción de una oración predicativa (la oración «Ese folio está en blanco») como causa del choque de contenidos mentales. Como propuesta acerca del origen histórico, eso incurre, desde luego, en flagrante circularidad; pero quizá sería más aceptable a nivel ontogenético. ¿Objeción disuelta, y asunto concluido, pues? No; la objeción sigue en pie, porque no adoptaremos ese recurso. Para explicar por qué no lo haremos, lo mejor será empezar por entender unos reparos sensatos a nuestra postura de no adopción. ¿Es conveniente prestar oídos a las curiosidades que sobre el ignoto nivel histórico nos puedan asaltar? ¿No puede eso ser tan peligroso como atractivo parece? Tomar datos de ese terreno tan resbaladizo sería, por supuesto que yo lo creo así, absolutamente desaconsejable: se sabe demasiado poco y con demasiada inseguridad. Pero nosotros, al incluir en el horizonte de nuestra atención ese nivel del origen histórico, lo hacemos para acosar y objetar nuestra propia opinión —la opinión, ya se sabe, de que la conciencia y el lenguaje predicativo serían conquistas hermanas—. Ahora bien, una exigencia erróneamente excesiva, si bien puede llegar a descartar opiniones que a lo peor merecían seguir inspirando trabajos, lo que nunca, en cambio, podrá hacer es añadir apoyos a propuesta alguna, ni buena ni mala. Luego, para autoobjetarse, es lícito tener en cuenta incluso los más vaporosos castillos en el aire. El que sea lícito no implica, claro, el que sea fructífero; pero esto último no puede decidirse de antemano.

Pero, si nos hemos negado esa salida fácil del círculo vicioso, entonces nuestra tarea inminente está clara. ¿Cómo, sin necesidad de recibir una oración predicativa, puede un sujeto llegar a captar un choque de contenidos mentales? Dos tipos de acceso al choque, parece que habría que calibrar: uno lingüístico, y otro, no lingüístico. Respecto a eso, yo no voy en absoluto en este trabajo a proponer que la vía lingüística sería la única válida. Puedo tener, desde luego, mis preferencias. Y si se quiere, confesaré que son para la idea de que el salto a lo predicativo, salto que muy verosímelmente, como veremos más tarde, hubo de tener un punto de partida lingüístico, sería una misma cosa con el acceso al choque de contenidos mentales y, por tanto, también a otras capacidades exclusivamente humanas. Pero todo esto no cuenta aquí nada. Así pues, aunque sea con un cierto dejo de resignación, afirmo que aquí no me plantearé siquiera la hipótesis fuerte de que el salto lingüístico sería la única vía hacia el choque de contenidos mentales. Pero, eso sí, lo que aquí vamos a intentar mostrar es que la vía lingüística tendría condiciones para ser la única, es decir, que es autosuficiente.

Así pues, deberemos buscar algo que sea un acceso al choque de contenidos mentales, y que constituya una salida al círculo vicioso a nivel histórico y que, por último, al coincidir con el salto al lenguaje predicativo, tendrá verosímelmente que ser de naturaleza lingüística, aunque no, claro, de naturaleza predicativa.

## II.a.2) Una salida a la circularidad

Pero necesitamos perfilar mejor cuál sería la dificultad que acecha a nuestra propuesta en el origen histórico. Empecemos por advertir que nunca predicamos de un contenido mental nuestro ninguno de sus rasgos a menos que haya motivos que nos empujen. Para decirlo brevemente, creo que la explicación de las predicaciones ha pecado siempre de unilateralidad. En efecto, lo que una y otra vez se ha justificado es la unión o síntesis entre el sujeto y el predicado; pero, ¿y el hecho de que estén separados? Precisamente cuando, con toda razón, se insiste en que la unión está respaldada y legitimada en el enunciado verdadero por la unidad de lo real a lo que ese enunciado se refiere, precisamente entonces es cuando se hace más urgente el otro problema: si tan legítima es la unión, ¿a cuenta de qué, la separación? Y ¿por qué se escoge un determinado predicado?: Igual de verdaderos que el escogido, igual de legítimos, lo serían otros muchos rasgos.

No nos lanzamos a producir una predicación a menos que nos hallemos en alguna de las situaciones siguientes. La primera es que creamos que aquél que será nuestro oyente no conoce de la cosa en cuestión un determinado rasgo. La segunda es que creamos que el oyente (o, en algunos casos, incluso podría ser el propio sujeto hablante<sup>27</sup>) debe ser empujado a asumir las consecuencias del hecho de que un rasgo esté incluido en un contenido mental suyo. De esta segunda situación sería un ejemplo la frase «Están dando las dos» siempre que se pueda glosar «Como tú, que estás oyendo las campanadas, sabes tan bien como yo, están dando las dos. Vamos, por tanto, a almorzar»<sup>28</sup>. Se podría añadir como tercera situación la que da lugar a la comunicación fática (fática en el sentido de Malinowski, no en el de Austin): piénsese en el «Hace calor» que se puede decir a un oyente mientras se le ve abanicándose, y que no intenta, pues, comunicar sino el hecho de que estamos dispuestos a una comunicación con ese oyente. Desde luego, desde el punto de vista de la sintaxis convencional (no, en cambio, desde el punto de vista de la articulación remática o sintaxis comunicativa), ese «Hace calor» es claramente una oración predicativa. Pero es inconcebible que fuese para ese tipo de oraciones para las que se generara históricamente el lenguaje predicativo: el contacto amistoso, igual que la conativa a la que nos referíamos al principio, puede conseguirse con recursos menos sofisticados que el lenguaje sintáctico<sup>29</sup>. Así pues, sólo atenderemos ahora a las dos primeras situaciones. De ellas, propongo que hay que considerar posterior y más evolucionada a la segunda. Y no sólo porque le exija al oyente la agilidad de dar inmediatamente otro paso más allá del que recibe. También, y sobre todo, porque, a la vista de que, para vencer la cerrada y apretada unidad del contenido mental que uno tiene, y llegar así a desgajar este contenido (o sea, a despojarlo de uno de sus rasgos para sumárselo después), se necesita siempre un motivo suficiente, a la vista de eso, repito, es obligado pensar que para el primer desgajamiento, es decir, en el origen del lenguaje predicativo, el motivo tuvo que ser de tipo fuerte; ahora bien, la búsqueda de explicitud argumentativa, que puede bastar para nosotros, adultos con un lenguaje plenamente constituido desde hace milenios, es un motivo mucho menos fuerte que la constatación de que junto a uno hay alguien ignorante de algo que uno en cambio conoce.

Después de haber asignado así la predicativa originaria a la primera de las situaciones generadoras, y para seguir recorriendo el camino por el que llegaremos a perfilar la dificultad anunciada, recordemos que son dos —el verbal y el no verbal— los modos como la ignorancia de nuestro interlocutor respecto a alguna cuestión puede hacérsenos patentes. De entre esos dos modos, vemos razones para

colocar en el origen el verbal. Es un hecho consabido, en efecto, el de que el diálogo es la forma más primitiva y fácil de un lenguaje pleno. Y visto de cerca, ese hecho es aún más revelador pues la facilitación –esa facilitación que tan necesaria tuvo que ser en el momento de la extremada hazaña del origen– opera en dos planos. Por un lado, la complementariedad que guardan entre sí la curva entonatoria del sujeto de la predicación, o elemento temático, y la del predicado, o rema, supone un eficaz recurso para anudar y ceñir la predicación, y ello tanto cuando decir el 'tema' corre a cargo del productor de la enunciativa, como cuando –y esto es lo que aquí nos interesa– ha constituido la intervención previa del interlocutor («¿Y Juan?–«Se ha caído»). Por el otro lado, el que la noticia de la ignorancia ajena le llegue al hablante de la predicativa sobre el vehículo de la mención explícita del objeto inadecuadamente conocido por el otro, es la situación más propicia para que primero el hablante, pasando ya a serlo, y después, a su zaga, el receptor, generen la relación sintáctica y entiendan el predicado como tal y no aislado.

Pero en cuanto admitimos que el modo verbal tuvo que ser el del origen, ya salta la dificultad. ¿Cómo estamos postulando una pregunta («¿Y Juan?», acabamos de dar como ejemplo) para prólogo de la primera enunciativa, cuando es evidente que la concepción de lo enunciativo o predicativo ha de poseerla forzosamente todo el que pregunta?

A esa objeción respondemos que se pueden imaginar mensajes conativos capaces de sustituir a la pregunta en las tres típicas funciones de ésta. Esas tres funciones son, una, la de ser una mención explícita, del 'tema', otra, la de desplegarse en una curva entonatoria cuesta arriba<sup>29</sup>, y, por último, la de mostrarle al futuro hablante de la predicativa la ignorancia de su interlocutor respecto al tema. Pues bien, esos tres requisitos los pueden cumplir tanto el mensaje que pida algo que el futuro hablante sepa que no es pedible en ese momento y el lugar, como el mensaje que llame a alguien que, según el futuro hablante, no sea llamable. «¡Agua!» - «No» (No hay, no queda); «¡Juan!» - «No» (No está).

### II.a.3) Reconsideración de lo propuesto en el apartado anterior

Pero podemos sacar más provecho del esfuerzo que, para salir al paso de la objeción vislumbrada en el remoto nivel del origen hitórico, se acaba de hacer. Independientemente de que «No» (No hay) de respuesta a «¡Agua!», o «No» (No está) de respuesta a «¡Juan!» sean o no el tipo de la enunciativa originaria, lo que ahí hay sin duda son unas intervenciones lingüísticas –la petición o la llamada– que, sin pertenecer a lo enunciativo ni a lo sintáctico, ni implicarlo, pueden lograr que su oyente capte en ellas un contenido mental distinto al que él sobre lo mismo tenga. Pues bien, creo que es conveniente –he aquí el segundo aprovechamiento al que nos referíamos– que comprobemos si en ese tan mínimo y condensado mensaje sigue siendo válida la propuesta de que la ruptura de la interioridad primitiva llegaría por un proceso de imitación más recusación (verdadera recusación, se puntualizó). Empecemos recordando el ejemplo del folio: Yo comprendo la oración «Ese folio está en blanco» que me llega, y me represento, pues, su contenido, pero, acto seguido, separo de mí mismo ese contenido y lo atribuyo a la conciencia del otro. Ahí no se ve (o, por lo menos, espero que cuando hayamos despejado en el II.b. una posible objeción, no se verá) ningún inconveniente en admitir que quepa allí tanto la imitación del pensamiento ajeno como su recusación. En cambio, con los reducidos «¡Agua!» o «¡Juan!», parece a primera vista más difícil creer que el proceso del receptor comprenda los dos opuestos momentos. ¿Es o no

engañoso esa impresión, esa primera vista?: Esa es la cuestión que estudiaremos en este apartado.

Para responder, dediquémonos antes que nada a explicar con más detalle una vinculación que en las páginas anteriores hemos venido estableciendo demasiado vagamente, la que relacionaría comprensión del lenguaje e imitación. Cualquier grito o gesto que un animal puede comprender, ¿tiene acaso que haber sido interior o latentemente imitado por él? No. Los gestos innatos calan de modo directo e inmediato en el receptor adecuado. Lo mismo que entre el estado interno desencadenante de uno de esos gestos y la producción de éste no hay mediación alguna, tampoco la hay en el receptor entre la percepción y el efecto que ésta le causa. Las pautas que deben, en cambio, su configuración a un control externo serían una especie de pantallas o escalas obligatorias que, cuando fueron aprendidas, se intercalaron tanto entre motivación y producción como entre recepción y comprensión. El reconocimiento de una pauta aprendida consistirá, pues, en la elección de la pantalla correspondiente, pantalla que, repitémoslo, sería una escala común con la otra trayectoria –la que desemboca en la producción–. Por eso es por lo que la comprensión de las pautas que fueron modeladas desde el exterior pasa por la imitación latente –a saber, porque esa comprensión, a diferencia del reconocimiento de lo innato, converge al nivel de la elección de pauta con la acción o producción–.

Como se ve, ya hemos conseguido el momento de imitación en la recepción de los escuetos «¡Agua!» o «¡Juan!». Pero, ¿y el de recusación? La recusación consiste, ya se sabe, en que el receptor se desengancharía a sí mismo de ese pensamiento –petición de agua, p.e.– que por la imitación su conciencia había albergado. Ahora bien, ese desenganche, hemos propuesto que seguiría a la activación del contenido mental que tuviera de antemano el receptor sobre el agua en cuestión y en el que ésta fuera imposible de pedir. Y aquí es donde podemos volver a alzar una objeción contra nuestra propuesta, o al menos a plantear dudas sobre ella. Pues si nos quedamos con la descripción que acabamos de dar del momento imitativo, ¿estará acaso claro que se tenga que activar en el receptor ese contenido mental que chocará con el contenido recibido? ¿No es acaso un reparo sensato el de preguntar cómo se activará en la mente del receptor el agua en cuestión completa o el Juan en cuestión completo, si lo activado por la imitación, o sea, por la comprensión del mensaje, se reduce al agua en cuanto pedida, o a Juan en cuanto llamado?<sup>30</sup>.

Ese reparo ha sido posibilitado –y con esto empezamos ya a rechazarlo– por la incompleta pintura que de la comprensión lingüística hemos dado. Hemos dejado, en efecto, sin dilucidar si es todo el mensaje el que se comprende por el recurso de imitarlo latentemente, o si, por el contrario, es sólo una parte de él. Dicho de otro modo, tenemos ahora que preguntarnos si la entonación es formada bajo modelo o es innata. La entonación, como tan claramente se ve en nuestros ejemplos de «¡Agua!» o «¡Juan!», puede ser un factor indispensable para el sentido y, por otra parte, no falta –esto parece seguro– en ningún idioma. Por eso, hay que procurar no incurrir en el frecuente error de olvidarla a la hora de reflexionar sobre el lenguaje.

La cuestión de si lo entonatorio es o no innato no tiene una respuesta obvia como la tenía en cambio el mismo interrogante con respecto a las palabras. Por lo pronto, en vez de las diferencias estructurales de lo articulatorio, que se imponen y dejan como irrelevantes a las variantes libres, lo que tenemos en la entonación

es algo mucho menos rígido y que se acerca ya más a lo continuo, analógico y motivado. También podríamos subrayar cómo lo entonatorio es mucho menos idiomático: puede haber matices distintos de un idioma a otro, sobre todo a cuenta de las diferencias que pueden darse entre los modos predominantes de acentuación, pero el amplio núcleo universal que se da respecto a lo entonatorio contrasta con lo poquísimo que se ha encontrado de universal en el otro aspecto. Pero de todo eso no podemos realmente sacar ningún apoyo para la idea de que la comprensión de lo entonatorio tendría lugar de un modo distinto a la de las pautas articulatorias. Hay, sin embargo, un dato que sí puede autorizar esa idea. Se trata de la particular<sup>31</sup> especialización hemisférica del cerebro humano. Lo articulatorio, tanto a nivel de producción como de recepción, es incumbencia del hemisferio izquierdo, el mismo que controla los movimientos diestros, dentro de los cuales están todos aquellos que hay que enseñarle al niño o, lo que es lo mismo, que éste ha de aprender por imitación. En cambio, de la entonación se encarga el hemisferio derecho<sup>32</sup>, el de los movimientos más espontáneos y cuya configuración deba menos a lo social y cultural.

Si a la vista de eso pasamos a considerar sumamente verosímil el que la entonación pueda ser comprendida por el receptor sin que éste tenga que imitarla, entonces la objeción que antes se expuso, se nos habrá disuelto. Podremos ya, en efecto, decir que la imitación, al afectar sólo a lo articulatorio y no a la entonación, activa un campo significativo menos constreñido de como en la objeción se consideraba. La tecla (una metáfora indisimulada, sí; pero, ¿acaso hay mucha diferencia entre eso y cualquiera de los otros términos que hoy en día se usan para designar esos procesos tan desconocidos?), esa tecla que el momento de la imitación pulsaría en el cerebro del receptor, es la de 'Juan', la de Juan completo y no sólo bajo especie de llamada, o la de 'agua aquí y ahora', y no la más reducida de ese agua en cuanto pedida. Así pues, con el distinto y separado procesamiento en el cerebro del receptor para cada una de las dos bandas –la banda entonatoria y la articulatoria– del lenguaje, se consigue que se activen ahí por separado los dos diferentes contenidos mentales, el propio del receptor y el incluido en el mensaje recibido, el 'Juan según el emisor de la llamada' y el 'Juan según el receptor de la llamada'.

Los dos contenidos mentales deberán la parte que en común tienen –es decir, el hecho de referirse ambos a Juan– a lo articulatorio: lo articulatorio, en efecto, está presente tanto en la comprensión realizada por sólo el hemisferio izquierdo (que es la que activa el 'Juan según el receptor de la llamada') como en la comprensión que sigue a la síntesis interhemisférica (y que al ser la comprensión completa del mensaje, equivale al 'Juan según el productor de la llamada'). Lo que diferencia, en cambio, a los dos contenidos mentales dependería del hecho de que, por un lado, se ha comprendido lo articulatorio a secas y, por el otro, lo articulatorio más la entonación conativa.

Hemos hallado así una base suficiente para la génesis tanto de la conciencia de sí mismo como del lenguaje predicativo<sup>33</sup>. Los elementos básicos para esa génesis interpersonal y lingüística que, independientemente de que pueda o no haber otras, es la única que nosotros ahora estamos enfocando, serían dos rasgos lingüísticos exclusivamente humanos. Esos rasgos, los que posibilitan el que aparezca incluso en el receptor de mensajes tan mínimos como «¡Agua!» o «¡Juan!» la crucial imitación con verdadera recusación son, uno, el carácter de pautas aprendidas por imitación que tienen las palabras, y el otro, la duplicidad de bandas que se da en el lenguaje y que sólo en estadios muy sofisticados –escritura– puede obliterarse, no desaparecer realmente.

Acabamos de decir que una base para la génesis del lenguaje predicativo sería el carácter aprendido de las palabras. Pero conviene precisar esa expresión. Mientras las pautas articulatorias no fueran capaces de ninguna otra función distinta a la conativa, no deberíamos llamarlas palabras. La verdadera palabra lingüística es ante todo lo que se puede emplear en cualquier función comunicativa y en cualquier estructuración sintáctica. Pero antes de la génesis del lenguaje predicativo no había nada de eso, no había significado aséptico desvinculado del valor modal conativo. Por tanto, en vez de «palabras» deberíamos haber dicho algo como matizaciones articulatorias discriminantes de objeto aplicadas a una entonación conativa o, menos rimbombantemente, llamadas y peticiones especializadas que indicarían quién era el llamado o qué era lo pedido. Y ya sería asunto de mera opción terminológica el de si habría o no semántica en la fase lingüística anterior a lo predicativo. ¿Reservamos o no «semántica» para los significados asépticos, multifuncionales, y que legítimamente y sin imposición por nuestra parte podamos aislar de su envoltorio modal? De cualquier modo, lo que fue incorrecto fue nuestra expresión del párrafo anterior. Ese veredicto está ya claro, y eso que no hemos traído a colación la idea de que la palabra sea ante todo 'parte sintáctica'. Si lo hiciéramos, la fase lingüística anterior a lo predicativo escaparía aun peor. En efecto, la conativa es fundamentalmente ajena a toda complejidad sintáctica, por más que se den algunas tan elaboradas sintácticamente como «Cierra la ventana cuyo cristal está roto», p.e. Pero no se trata sólo de eso. Es que, además, en las conativas de nuestro lenguaje adulto, las partes sintácticas más diferentes –nombre y verbo– son, si lo simpráctico media debidamente, intercambiables: «¡Agua!» = «¡Dame!»; o «¡Juan!» = «¡Ven!».

## II.b) La globalidad del contenido mental. El choque, raíz común del lenguaje predicativo y de la conciencia

Llegados aquí, atendamos ya al tipo de objeción que realmente se puede recoger de la bibliografía. El punto clave que daría pie a esas objeciones es que hemos estado refiriéndonos al contenido mental que cada uno entiende en una designación concreta: distinguimos así, p.e., entre 'el folio según una persona' y 'el folio según otra', por más que ambas se refieran a uno y el mismo folio. Puede que este modo nuestro de hablar pareciera caprichoso e innecesario para la argumentación. Y ahora, cuando he señalado que incide en un punto muy debatido y que nos comprometerá, pues, a una discusión, la idea de eliminarlo habrá cobrado seguramente fuerza. ¿No sería lo mismo –así quizá se me diga– hacer que el choque ocurra entre las creencias 'el folio está en blanco' y 'el folio está escrito'? ¿Para qué obstinarse en que los protagonistas del choque sean entendimientos globales de una designación concreta? Pues bien, ese modo de hablar no es caprichoso ni irrelevante para la propuesta. Porque lo que se está proponiendo no es que el choque de contenidos mentales constituye la ocasión paradigmática que empuja a la producción de una determinada predicativa. Eso también, por supuesto, pero no sólo ni fundamentalmente eso. Es la conformación misma del lenguaje predicativo, es decir, del lenguaje sintáctico y 'semántico en sentido fuerte', la que se propone que tendría sus condiciones de posibilidad en el choque de contenidos mentales. Y para sostener eso, sí que es un requisito necesario el proponer que el significado de las designaciones concretas incluye los rasgos episódicos y accidentales que en ese momento estén presentes en nuestra atención.

Pasamos, pues, ya a examinar las críticas a esa idea. Pero antes formulemos el debate en términos de general y privado, y no ya de esencial y accidental, pues así enlazaremos con las versiones más actuales y peligrosas de la objeción. En

efecto, los neomillianos o teóricos causales de la referencia mantienen que el carácter de práctica social y comunicativa del lenguaje hace imposible el que las designaciones lingüísticas sean entendidas de modo privado e individual. Más concretamente, esa tendencia rechaza que el *Sinn* fregeano, cuyo carácter psicologista algunos al menos de esos autores<sup>34</sup> han sabido detectar por debajo de las protestas de Frege, pueda formar parte del lenguaje. Pues bien, nosotros, al insistir en la resistencia que los contenidos mentales provistos de designación opondrían a desgajarse y repartirse entre los dos miembros de una predicación, nos hemos colocado en una posición contraria a la de esos teóricos. Tenemos, pues, que comprobar urgentemente si ese hecho innegable de la condición comunicativa del lenguaje puede o no lanzarse contra nuestra propuesta. Si se prefiere, se puede describir con otras palabras esa tarea, ese interrogante que nos aguarda. En efecto, Almog ha hecho una puntualización muy atractiva: «Me gustaría subrayar, en vista de la finura filosófica de la noción, que por «privado» no quiero decir «lógicamente privado», sino más bien «idiosincrático» (y, por tanto, captable en principio por otros)<sup>35</sup>. Y nosotros ahora debemos calibrar las posibilidades de esa diferenciación en la que Almog esperanzadamente confía.

Aunque este punto lo he tratado en otros artículos<sup>36</sup>, haré aquí un resumen. Antes de nada, distingamos entre el significado privado del hablante y el significado privado del oyente. Si los significados privados resultaran al fin formar parte del lenguaje, serían desde luego éstos los indicados -uno, u otro, o ambos-. Y también, nos centraremos en la predicativa, que, al ser transmisión de creencia y, por tanto, con bastante probabilidad, de conocimientos no compartidos, en el mismo grado por los interlocutores, son las oraciones más controvertidas en este asunto de los significados privados.

Es innegable que el hablante de la predicativa, al producir su oración, estaría atendiendo y manejando su propio significado privado o grado de conocimiento, del tema. Pero, ¿cuál es el papel que en el proceso desempeña ese 'sentido según el hablante'? Proponemos que ese sentido desempeñaría el papel de meta<sup>37</sup> y modelo de la oración predicativa toda. Pero de ese sentido no vamos, en cambio, a proponer en absoluto lo que lo haría vulnerable a las críticas de los neomillianos, es decir, no vamos a considerarlo el sentido que corresponde al término que funcione como sujeto o elemento temático de la predicación. En la predicativa, en la producción misma de la predicativa, el sujeto o elemento temático de la predicación tendría el 'significado según el oyente', el cual le habría llegado al hablante a través de la anterior conducta -ya verbal, interrogación o no, ya no verbal- del oyente. De ahí que el sujeto tenga que ser complementado con el predicado: entre el sujeto o elemento temático y el predicado habría, pues, una relación de síntesis, como corresponde de un modo natural a una combinación o sintaxis. Análisis, también habría, pero de la meta o modelo que, más allá del lenguaje, o más concretamente, desde la orilla mental del lenguaje, representa el significado según el hablante. Pero ni la síntesis de los unos ni el análisis de lo otro serían originariamente posibles sin la mediación interpersonal del choque de contenidos mentales dentro del hablante, es decir, sin aquello que sería también la causa originaria de la conciencia de sí mismo.

Si nos decidiéramos a ello, este párrafo final sería el adecuado para argüir la simplicidad y economía de los intentos de explicación unitaria de las diferentes capacidades psíquicas exclusivamente humanas (o, al menos, de dos de ellas, como es lo único que aquí se propone). Pero, aunque, por supuesto, el deseo de una tal explicación unitaria ha sido el acicate último de mis esfuerzos, no vamos a adoptar

ese argumento. Los criterios de simplicidad y economía serán válidos. Pero, ¿está acaso igualmente claro el dictamen que la aplicación de esos criterios debe producir en cada caso? ¿No podrían a lo peor ser pertinentes cosas que ignoramos? ¿No necesitaríamos un salto fuera de nosotros mismos y de nuestro mundo para conseguir veredictos indiscutibles sobre la economía y simplicidad de algo? Ya se ve, pues, cuál va a ser mi estimación del hecho de que dos capacidades exclusivamente humanas hayan resultado en la propuesta remitir a un mismo factor, interpersonal y lingüístico (o protolingüístico). El criterio que me siento capaz de aplicar con seguridad es sólo el de que eso, una explicación conjunta, es lo que yo quería conseguir. Quédese para otros –para el lector– la tarea de continuar.

## NOTAS

<sup>1</sup> Wallon: *La conciencia de sí mismo. Sus niveles y mecanismos desde los tres meses a los tres años*, 1932, en Wallon, H. *Psicología del niño*, ed. Pablo del Río, 1980, pg. 353.

<sup>1a</sup> Por esas fechas, efectivamente, Lorenz había empezado a presentar la noción de desencadenante innato, esa noción que en nuestros días autores especialistas en las interacciones entre madre e hijo aplican al niño (véase, p.e., Schaffer, H.R.: *El desarrollo de la sociabilidad*, ed. Pablo de Río, 1979, pg. 66, donde se utiliza un término tan inequívocamente etológico como 'estímulo supranormal').

Si bien se puede sugerir que quizá Wallon debiera haber hecho algún hueco para desencadenantes de tipo innato, es decir, de los que actúan al margen de su valor expresivo, no debemos dejar de añadir que a su vez, si Lorenz hubiera tenido en cuenta la autosensibilización a los propios movimientos expresivos a la que Wallon recurrió en 1936, entonces seguramente el gran etólogo no habría llegado a atribuir capacidad de mentir a aquel perro suyo que, sin reconocerlo, empezó a ladrarle agresivamente, para después, subsanado el error y hechas a su amo las debidas zalemas, seguir ladrando hacia la calle como a un imaginario intruso.

<sup>2</sup> Wallon: *El desarrollo de las emociones*, 1936, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 282.

Aunque Wallon no lo menciona, se me ocurre que el gesto de bostezar quizá pudiera ser el mejor ejemplo para esa propuesta suya. Pues, si bien de los gritos de miedo, p.e., esa propuesta diría que provocan el miedo en los demás y a la vez alimentan el miedo en el mismo que grita, el caso del bostezo es –creemos– más paradigmático, en cuanto que el ser ilustración de la propuesta lo cumpliría por partida doble. Por un lado, como el miedo, el bostezo influye (en concreto, relaja, que ése es su particular para qué) tanto en el que lo emite como en los que lo oyen. Pero es que además, por otro lado, el bostezo sería el mecanismo de defensa contra otro fenómeno de influencia mutua. Si es verdad lo que sobre la función de la formación reticular se viene repitiendo, es decir, si la llegada de estímulos hace bajar el umbral de receptividad a los estímulos siguientes (lo, habría, en tal caso, que añadir a esa afirmación la apostilla de que en el conjunto de estímulos ocupan un lugar preferente los que provienen de los otros miembros del grupo. Y tendríamos entonces que una interacción social aviva en cada sujeto la atención e interés por el grupo, con lo cual aumentarán las posibilidades de que a cada uno de ellos se le ocurran acciones que poner en práctica cara a los demás, y esas acciones volverán a intensificar en cada uno la atención hacia el grupo. Sería, pues, muy fuerte en la interacción social la probabilidad de que cuaje una espiral creciente que podría llegar a ser dañina si interfiere con el descanso o con actividades no grupales. Pero imaginemos una pequeña rendija, una mínima laguna en la avasalladora espiral: al más cansado o débil del grupo una insignificante pausa basta para hacerlo decaer, y bosteza. Ya con ello estaría comenzada otra espiral pero de sentido inverso. Y así, los posibles efectos nocivos de la influencia recíproca serían remediados precisamente por otros efectos de tal influencia.

<sup>3</sup> Luria, A.R.: *El cerebro humano y los procesos psíquicos*, ed. Fontanella, 1979 (ed. original rusa, 1972), pg. 57. Pero también en Wallon podemos encontrar la misma crítica a Piaget. Wallon, *Estudio concreto de una realidad concreta*, 1947, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 178, analiza la afinidad entre los dos ginebrinos –del Emilio a *El contrato social*, por un lado, y del autismo a la reciprocidad, por el otro–.

<sup>4</sup> Piaget, J.: «Apéndice al libro de Vigotski», en Vigotski, L.S. *Pensamiento y lenguaje*, ed. I. A. Pléyade, 1973.

<sup>5</sup> Wallon, H.: *Del acto al pensamiento*, Ed. Psique, 1974, pg. 305.

<sup>6</sup> Se refiere sin duda a su artículo de 1939 (Wallon, H.: *Psicología del niño*, pg. 307).

<sup>7</sup> «El papel del otro en la conciencia del yo», 1946, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 113-114.

<sup>8</sup> *Ibidem*, pg. 115.

<sup>9</sup> Wallon, H.: «La psicología genética», 1956, en *Psicología del niño*, pg. 100.

<sup>10</sup> Wallon, H.: «El desarrollo psíquico del niño», 1939, en Wallon *Psicología del niño*, pg. 309.

<sup>11</sup> Wallon, H.: *Del acto al pensamiento*, ed. Pique, 1974, pg. 125.

<sup>12</sup> Wallon, H.: «El desarrollo psíquico del niño», 1939, en Wallon *Psicología del niño*, pg. 310-311. El asunto de cómo el objeto sería un simple instrumento de los gestos, puede verse más desarrollado en «La actividad sensorio-motriz», 1936, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 292.

<sup>13</sup> Wallon, H.: *Del acto al pensamiento*, ed. Pique, 1974, pg. 123.

<sup>14</sup> *Ibidem*, y también en Wallon, H.: «La conciencia de sí mismo», 1932, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 357.

<sup>15</sup> El lector de la obra de Wallon se plantea una pregunta sobre la cual no recibe, que yo sepa, ninguna orientación explícita. Nos surge la pregunta ante una observación de Wallon sobre sus perros: «Cuando ve acariciar a su compañera, el perro esboza los gestos y monerías que haría si fuese acariciado él mismo» (Wallon, H.: «La conciencia de sí mismo», 1932, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 351). Ese comportamiento, ¿es idéntico a la imitación no desplegada, o identificación, que se da en el espectador respecto al protagonista de la escena? Pues bien, quizá podríamos –creo– orientarnos si tenemos en cuenta ese rasgo revolucionario que en la imitación e identificación se da, a saber, la posibilidad de que el sujeto atienda a una escena que carezca de relevancia directa para él. Está claro, en efecto, que las caricias del amo son, al contrario que las escenas que dan lugar a la identificación rigurosamente entendida, un estímulo relevante de un modo directo para el espectador –para el canino espectador, en este caso–.

<sup>16</sup> Esa equivalencia esencial es la que se mantendría en el descentramiento de tipo espacial o externo. Este tipo de descentramiento es el que se pone en juego en los 'tests piagetianos de descentramiento' (aunque –véase Enesco, I.: «Una revisión del concepto de egocentrismo espacial», *Infancia y aprendizaje*, 1985, pg. 81-99 esos tests miden más bien las complicaciones que el factor mismo del descentramiento que estaría ya adquirido hacia los dos años y medio). Y es también el que subyace (véase mi trabajo «Algunas consideraciones sobre los pares del tipo 'Hace tres días/' 'Tres días antes'», de próxima aparición en *Contextos*) a la comprensión por el oyente de los términos-índice de la serie del hablante («yo», y «mío»), siempre, y a veces, «aquí» y «éste»). Frente a ese descentramiento espacial o externo, el interno equivale a lo que en el presente trabajo llamamos imitación con verdadera recusación o choque dentro de mí de un contenido mental mío con uno ajeno radicalmente inasumible por mí.

<sup>17</sup> Wallon, H.: «La psicología genética», 1956, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 100.

<sup>18</sup> *Ibidem*. Otra versión del mismo punto puede verse en Wallon, «Los estadios del desarrollo», 1948, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 260.

<sup>19</sup> *Ibidem*, o sea, Wallon, 1956.

<sup>20</sup> Wallon, H.: «Los estadios del desarrollo», 1948, en Wallon, *Psicología genética*, pg. 260. Otra versión en «Los medios, los grupos y la psicogénesis del niño», 1954, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 127.

<sup>21</sup> Fijémonos en que dentro de la quinta fase de Wallon, «escuela» no tiene por qué entrañar ese rasgo de alejamiento de la praxis y de instalación en un plano meramente lingüístico (o de menor predominio simpático en el lenguaje, preferiríamos nosotros decir) que Bruner, y aun antes Vigotski han señalado como el verdaderamente característico de la escuela (Véase, p.e. Bruner, J.: «Cultura y desarrollo cognitivo», 1966, en Bruner, *Acción, pensamiento y lenguaje* Alianza, 1984, pg. 167- 168 sobre todo). Nótese, en efecto, que, para que el niño pueda ocupar diferentes puestos en diferentes grupos, basta con que se le enseñen distintas actividades del grupo que sea –lanzar piedras y subirse a los árboles, p.e.–. Con esta puntualización, la quinta fase walloniana gana universalidad y atractivo.

<sup>22</sup> «Global y sincrética» llama Wallon a las fases anteriores a la quinta, y ello tanto en el aspecto de la inteligencia, como de la conciencia. Véanse las páginas citadas arriba, en notas 17 y 18.

<sup>23</sup> Wallon, H.: «La evolución dialéctica de la personalidad», 1951, en Wallon, *Psicología del niño*, pg. 110.

<sup>24</sup> Wallon, H.: *Del acto al pensamiento*, ed. Pique, 1974, pg. 122-123. Y también, «La conciencia de sí mismo», 1932, en *Psicología del niño*, pg. 357.

<sup>25</sup> Wallon, H.: «La conciencia de sí mismo», 1932, en Wallon *Psicología del niño*, pg. 353.

<sup>26</sup> ¿Y los animales que luchan uno contra otro? Es evidente que tienen intereses contrarios, pero no lo es ya tanto, ni mucho menos, el que piense cada uno la interioridad en la que alienta ese interés contrario al suyo propio.

<sup>27</sup> Dentro del lenguaje autorregulador de la conducta que tan atendido viene siendo por la escuela rusa

de psicología creemos que no se ha enfatizado suficientemente el papel de esas enunciativas de recuerdo amonestatorio.

<sup>28</sup> Es Meyer con su concepción problematológica del lenguaje el que más ha subrayado el hecho de que los enunciados «se remiten siempre a una cuestión, a un problema que se tiene en ese momento, en la cabeza» (Meyer, M.: «Pour une rhétorique de la raison», en *Révue Internationale de Philosophie*, nº 155, 1986, pg. 293, donde también justifica una adversativa como «El día está despejado pero hace frío»). Puntualiza además este autor que tales cuestiones o problemas pueden muchas veces no aparecer en la superficie del discurso.

Estamos plenamente de acuerdo con la posición de Meyer, y seguimos estándolo cuando la propone bajo la fórmula «La razón no tiene por unidad la proposición, el juicio, sino el problema, y respuesta a éste es lo que es el juicio» (ibidem). Pero hay algo que echamos de menos en ese autor: Meyer, como por otra parte era de esperar, no se preocupa apenas de la clase de enunciativas respecto a las cuales nunca nadie ha dudado lo que él ahora propone para todas. Esa clase de enunciativa es, claro está, aquella que se produce inmediatamente después de que el interlocutor haya preguntado o hecho patente de algún modo su ignorancia respecto a la cuestión. Y nosotros creemos que merece la pena tenerla en cuenta. En efecto, por mucho que pueda ser verdad que tal cuestión o problema haya surgido como derivación (de las ganas de comer, p.e., puede surgir la pregunta «¿Qué hora es?»), ello no obsta para que la meta a la que directamente remitan pregunta y respuesta sea la del conocimiento de la hora por el oyente de la enunciativa. Y entonces resulta que el primer y más fácil problema que se puede resolver sería precisamente ése, el de convertirle al oyente su inadecuado o insuficiente contenido mental en adecuado o suficiente (adecuación e inadecuación, siempre, claro está, desde el punto de vista del hablante).

<sup>28a</sup> Podríamos, desde luego, seguir añadiendo otras predicativas de funciones más sofisticadas –así p.e., la predicativa de 'respuesta a examen' y su afin la de autolucimiento–. Pero –de nuevo lo mismo– esos tipos, por abrumadoramente frecuentes que sean en nuestro mundo, no los podemos postular como los originarios.

<sup>29</sup> La segunda de las funciones puede encontrar oposición en ciertas ideas generalmente aceptadas. De eso me ocupo en «Sobre la articulación remática. Su necesario replanteamiento y su aplicación en algunos problemas lógico-lingüísticos», *Contextos*, 9, 1987, pg. 19-34.

<sup>30</sup> Si echamos una ojeada al nivel del origen histórico, la objeción entonces se hace más fuerte. En efecto, parece lógico admitir que la llegada al uso de las matizaciones articulatorias y la llegada a la predicación no fueron simultáneas, sino que en el nivel histórico también, y no sólo en el de los niños, la predicación sería bastante posterior, ya que así para la gran hazaña de iniciarse en la predicación se habría podido contar, tanto a nivel de producción como de recepción, con un uso de articulaciones significativas fácil y automático que ya no distrajera casi ninguna energía mental. Ahora bien, si no fueron simultáneos esos dos avances, entonces nos resulta que las articulaciones significativas llegaron a lo enunciativo tras una ya larga trayectoria en la que habían funcionado como conativas (la comunicación expresiva, la más primitiva de todas, parece probable que siguiera todavía bastante tiempo sin incorporarse el nuevo recurso, a saber, las pautas articulatorias dotadas de significación por un acuerdo social). Y, por tanto, la novedad de entenderlas como parte de una sintaxis enunciativa –la novedad de la creación de las verdaderas palabras, en suma– tendría, además de surgir, que imponerse a una arraigada alternativa positiva o nula.

<sup>31</sup> La particular especialización hemisférica del cerebro humano. Hemos tenido que añadir el adjetivo «particular» porque se ha descubierto que entre los animales (las ratas han sido las más estudiadas en este sentido: Denenberg, V.H. «Brain laterality and behavioral asymmetry in the rat», en Flor-Henry, P. y Gruzeliér, J., eds. *Laterality and psychopathology*, Elsevier, 1983) se da también una especialización hemisférica, respecto a movimientos como el de acurrucarse en el nido, pero la humana sigue siendo la única en la que se discriminan movimientos innatos y movimientos aprendidos.

<sup>32</sup> Deglin, V.L. «Nuestros dos cerebros», original ruso 1975, en *Infancia y Aprendizaje*, 1980, pg. 37-53. También, Perelman, E., ed., *Cognitive Processing in the right hemisphere*, 1983, pg.92.

<sup>33</sup> Hay otra idea que a modo de sospecha, o de menos aún, me gustaría añadir. Se trata de si acaso también la noción de realidad en sí podría originarse de ese modo interpersonal y lingüístico. Para llegar a poder plantear lo que nos interesa, demos o imaginemos como admitido que el descubrir esa noción sería una y la misma cosa que el descubrimiento de que las cosas reales mismas a las que nosotros apuntamos son, en tanto en cuanto las estamos pensando, sólo representaciones nuestras de ellas. Pero, ¿cómo se llegaría a ese uno y doble descubrimiento? Una nota es un sitio absurdo para plantear esto. Así que, para añadir algo y salir del aprieto en que me veo, voy –¿qué otro remedio?– a recurrir a una plantilla y lanzarme a la paráfrasis: el que no es consciente de un contenido mental ajeno y de la conciencia ajena por éste exigida, cosas ambas que él, al menos aproximadamente, puede

pensar, no es posible que sea consciente de una realidad que trasciende sus modos de acceder a ella y que es cosa que él no puede pensar, o tener entre sus contenidos mentales.

<sup>34</sup> Wettstein, H.: «Has Semantics rested on a Mistake?», *The Journal of Philosophy*, April 1986, pg. 185-209.

<sup>35</sup> Almog, J.: «Would you believe that?», *Synthese*, nº 58, 1984, pg. 1-37, nota 6a.

<sup>36</sup> Desde el punto de vista de los puzzles fregeanos, ya en su forma original, ya en la versión en términos de sinonimia, en «'Sentido' de Frege y el elemento temático de la comunicación predicativa», en *Gavagai*, vol. VII, nº 2, y en «Los rompecabezas acerca de la sinonimia y la cuestión del significado privado», *Gavagai*, número posterior. Desde el punto de vista gramatical, de una gramática atenta a la comunicación y a lo entonatorio, el ya antes citado «Sobre la articulación remática. Su necesario replanteamiento y su aplicación a algunos problemas lógico-lingüísticos», *Contextos*, 9, 1987. También trata del mismo asunto, aunque esta vez aplicado a un problema particular, «Contextos actitudinales y comunicación predicativa», *Theoria*, año IV, nº 1.

<sup>37</sup> La idea de meta, plan o intención debe, creo, ser cada vez más tenida en cuenta en el estudio del lenguaje. Hasta hace poco, sólo autores no anglosajones le prestaban toda la atención que seguramente merece –los Leontiev, p.e.– Pero ahora la combinación davidsoniana 'creencia-deseo' parece estar dejando sitio a algo menos pasivo: así, Bratman, M.E.: *Intention, Plan and Practical reason*, Harvard University Press, 1987.